



Litografía de J. Ballescá

Ignacio Manuel Altamirano

1834-1893

INICIATIVA

LV LEGISLATURA | 3 XII 1992

DECRETO

LV LEGISLATURA | 29 XII 1992

SESIÓN SOLEMNE

LV LEGISLATURA | 13 II 1993

Altamirano

Héroe de la cultura Nacional

Julio Zamora Bátiz

Ignacio Manuel Altamirano es, sin duda, uno de los mexicanos más ilustres en nuestra historia. Después de las luchas de independencia México inició el complejo proceso de construir una nación y en la generación de la Reforma tuvo a los alarifes. Altamirano destacó entre ellos por la constancia, generosidad y firmeza de sus actividades múltiples. Pertenece a una de las generaciones señeras de la historia universal, las que han cambiado el destino de sus pueblos con acciones que incluso tienen impacto más allá de sus fronteras y etapas

DECRETO

Dictamen con proyecto de decreto

Durante la sesión efectuada el día 18 de diciembre de 1992, fue presentado el dictamen con proyecto de decreto, por la Comisión de Régimen, Reglamentos y Prácticas Parlamentarias, se le dio la primera lectura al dictamen.

Proyecto de decreto

ARTÍCULO ÚNICO. *Inscríbase en letras de oro en lugar de honor del recinto de la H. Cámara de Diputados el nombre de Ignacio Manuel Altamirano.*

Transitorios

ARTÍCULO 1º. *Facúltese a la Comisión de Reglamento y Prácticas Parlamentarias para determinar fecha y hora de la ceremonia alusiva y para que, en su caso, se use este recinto para realizarla.*

ARTÍCULO 2º. *Este decreto entrará en vigor el día de su publicación en el Diario Oficial de la Federación.*

Salón de sesiones de la H. Cámara de Diputados, a 18 de diciembre de 1992.

Presidente, diputado Miguel González Avelar; secretario diputado Alejandro Ontiveros Gómez; secretario Juan Campos Vega; Dip. José Alarcón Hernández.

de vida. Los revolucionarios franceses y los forjadores de la unión americana en el de los años 1700 son quienes pueden equipararse con los liberales mexicanos del siglo XIX.

Una de las características peculiares de los Hombres de la Reforma es que su dinámico patriotismo los llevó a destacar simultáneamente en muy diversas actividades. Fueron cuatro soldados, intelectuales y políticos con igual pasión y buenos resultados. Por ello es lógico que muchos de los nombres que se honran con su inscripción en letras de oro en las paredes del Congreso mexicano pertenezcan a esta pléyade de ilustres conciudadanos, ejemplos para las generaciones que les han sucedido.

Altamirano ocupa en esta lista un lugar de especial distinción. Patriota, modesto, honrado a carta cabal, fue heroico en sus hechos de armas, tenaz defensor de los principios del liberalismo, legislador activísimo, infatigable como gestor y partícipe de la vida cultural mexicana, reconocido jurista que presidió la Suprema Corte, maestro de generaciones de profesores e intelectuales y prolífico periodista. Sus textos, discursos y gestiones tienen como característica el estar encaminados a fortalecer la soberanía nacional y promover la acción de sus conciudadanos en el afán de lograr la grandeza de nuestro país.

La labor de Altamirano como constructor de la nacionalidad mexicana es en lo cultural tan trascendente como la que Juárez realizó en lo político.

Altamirano supo, con patriotismo e instinto político, cuándo ser intransigente y cuándo había llegado el momento de promover la unidad nacional. Como liberal y diputado federal se opuso a mediados de 1861 a la iniciativa de ley de amnistía, que beneficiaba a los enemigos de las Leyes de Reforma y a los conservadores –civiles y militares– que se habían levantado contra el gobierno de la República. Su famoso discurso del 10 de julio –que le valió que sus adversarios lo llamaran “el

Marat de los puros"— fue decisivo para impedir la aprobación de una medida que simplemente hubiese vigorizado a la reacción, ya entonces en tratos con los europeos que invadirían México. Años después, vencidos los imperialistas, expulsados los franceses, consolidado el gobierno republicano, plenamente vigentes la Constitución del 57 y las leyes de Reforma en todo el territorio del país, Altamirano fue pionero en el esfuerzo por unificar a conservadores y liberales, a los mexicanos todos, en el proceso de consolidar la nacionalidad y fortalecer al Estado mexicano.

Para ello Altamirano puso en juego su prestigio como autor y maestro. Fundó la revista *El Renacimiento* (1869), en la que logró reunir amistosamente, en fructífera colaboración, a escritores afiliados a uno y otro bando. Promovió con esta publicación una época de esplendor de las letras mexicanas. Tuvo la visionaria actitud de conjuntar opciones políticas y generaciones. Sin importar su ideología publicó en ella a solicitados escritores, que el público conocía desde antes de mediar el siglo, y acogió e impulsó a jóvenes literatos, que llenarían una etapa brillante a la conclusión de la centuria. Comparten espacios Ignacio Ramírez, Francisco Zarco, Manuel Payno y Guillermo Prieto, con Manuel Acuña, Manuel M. Flores y Juan de Dios Peza.

En las páginas de *El Renacimiento* se inicia el impulso mexicanista, se rechaza el colonialismo literario; se abre paso a la creación artística de mexicanos que conocen lo universal pero se expresan con sentido propio, en función de sus realidades y costumbres, sin avergonzarse de sus raíces, dándole dignidad a lo nacional. Como director y guía de la revista, Altamirano fue eje de este esfuerzo, del que se generaron ideas precursoras de ese telúrico impulso social que fue la Revolución Mexicana.

La juventud de hoy, decía Altamirano, nacida en medio de la guerra y aleccionada por lo que ha visto, no se propone sujetarse a un nuevo si-

La Reforma

lencio. Tiene el propósito firme de trabajar constantemente hasta llevar a cabo la creación y el desarrollo de la literatura nacional, cualesquiera que sean las peripecias que sobrevengan. En la nueva escuela que se ha reunido, hay soldados de la república, como Riva Palacio, que acaba de desceñirse la espada victoriosa; hay hombres que han venido del destierro sin haber quebrantado su fe; ... hay jóvenes que no han pisado aún el terreno de la política en razón de su edad, pero que tienen corazón de bronce para el porvenir.

Todos estos hombres son firmes y unen a su entusiasmo una resolución indomable. La energía ya probada es el escudo de la naciente literatura y su garantía para lo venidero. Pero estos hombres, atentos a su misión literaria, abren sus brazos a sus hermanos todos de la república cualquiera que sea su fe política, a fin de que se les ayude en la tarea, para la que se necesita de todas las inteligencias mexicanas.

Raúl Cardiel, distinguido polígrafo y presidente del Seminario Mexicano de Cultura, describe los efectos de éste llamado del maestro de Tixtla:

Las rencillas pasadas se olvidaron, se borraron las ofensas que mutuamente se habían inferido, se salvaron todas las distancias y los grupos intelectuales se dieron a la tarea de formar una literatura nacional que recordase los grandes hechos históricos, la época prehispánica, la conquista, los hechos gloriosos de la independencia, los hechos recientes después de la clausura de la Academia de Letrán, como la invasión norteamericana, las cuatro guerras civiles, la invasión francesa y la guerra contra el segundo imperio.

Mucho más hizo Altamirano para estimular a la grey intelectual. Convocó a las Veladas Literarias, una docena de reuniones, celebradas en las casas de algunos de los propios participantes, del 20 de noviembre de 1867 al 25 de abril de 1868, en las que cada uno presentaba sus cuentos, poemas, ensayos, críticas y esbozos de novelas. Las revistas literarias se llamó a las crónicas de estas sesiones, que se publicaron

conteniendo la mayoría de los trabajos. Entre las cuatro docenas de invitados se contó al “Nigromante”, a Guillermo Prieto, Justo Sierra, Manuel Acuña, Vicente Riva Palacio, Juan de Dios Peza, Enrique de Olavaria y Ferrari, Manuel Payno, Ignacio Montes de Oca, Rafael Roa Bárcenas, Juan A. Mateos, Alfredo Chavero, José Tomás de Cuéllar.

Contra el afán de alguno de los anfitriones por ofrecer viandas y vinos de la mejor calidad, Altamirano insistía en la sencillez de las reuniones, afirmando: “La lectura debe ser el plato fuerte, lo verdaderamente suculento”.

También fundó Altamirano el Liceo Mexicano, institución de enseñanza; la Sociedad Gorostiza, que agrupaba a los autores dramáticos, y la Sociedad Netzahualcóyotl, que reunía a los escritores públicos. En este contexto afirmó que los nuevos escritores “tienen como misión estimular al pueblo, disponerlo a las luchas por la libertad, y la civilización, para que México realice los trabajos gigantescos de su desarrollo y su integración cultural, tienen la responsabilidad de incendiar el alma del pueblo”.

Otras instituciones culturales de las que Altamirano formó parte fueron la Academia de Ciencias y Literatura que fundó en 1870, la Sociedad de Libres Pensadores, el Liceo Hidalgo y la Sociedad de Escritores Públicos.

Quizá lo más destacado de sus labores como promotor cultural fue su larga y fecunda permanencia en la vicepresidencia de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Elegido inicialmente secretario, en 1872, ascendió en 1881 al puesto que era la cabeza real de la Sociedad, dado que por ley correspondía *ex officio* la presidencia al ministro de Relaciones. Tan exitosa fue su gestión que anualmente lo reeligieron, hasta que en 1889 abandonó el cargo para iniciar sus tareas como Cónsul General de México, primero en Barcelona y luego –tras un trueque con su antiguo adversario y gran amigo Manuel Payno– en París,

La Reforma

donde residió hasta que muy enfermo se trasladó a San Remo, Italia, donde murió el 13 de febrero de 1893, a la temprana edad de 59 años, pues había nacido el 13 de noviembre de 1834, en Tixtla, estado de Guerrero. Curiosamente también fue en un día 13, junio de 1859, que se casó con Margarita Pérez Gavilán en la Ciudad de México.

Altamirano ingresó a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en 1868 y durante 21 años ocupó en ella puestos directivos de alto nivel, circunstancia que prueba su acendrado interés en las actividades de esta institución, la agrupación científica más antigua de América y una de las cuatro primeras en el mundo, fundada en 1833 por Valentín Gómez Farías.

Altamirano trabajó para que la Sociedad fuera “el propulsor científico de todo lo que era útil en el país” y quería que fuese la entidad que representase en el extranjero “como lo había hecho honrosamente desde 1833 las ciencias mexicanas”.

Para lograrlo reorganizó la Sociedad integralmente, ordenó y amplió la biblioteca, reanudó las ediciones regulares del *Boletín*, la publicación científica más antigua del continente; aumentó los intercambios con organizaciones culturales y científicas de Europa, Norte y Sudamérica, acogió en la sede de la Sociedad a muchas entidades culturales que carecían de espacio propio y sistematizó el valioso archivo histórico de la Sociedad, razón por la cual hoy lleva su nombre, a más de engrosar las filas de miembros convocando a las más lúcidas inteligencias del país. El último servicio que prestó a su querida Sociedad fue representarla en el Congreso de Ciencias Geográficas que se reunió en Berna en 1891 y en el Congreso de Americanistas efectuado en Francia.

Muchos de estos consocios formaban parte también de los grupos de colaboradores de los varios periódicos y revistas que Altamirano organizó o dirigió en su intensa labor periodística. Una lista, simplemen-

te enunciativa, nunca exhaustiva, incluye, además de *El Renacimiento* ya mencionada, el *Correo de México*, que fundara con Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto y Pantaleón Tovar en 1867, dedicando mucho de su espacio a combatir la reelección de Juárez. Fundó también *El Federalista* en 1871; *La Tribuna* en 1875 y en 1880 *La República*, dedicada a las clases trabajadoras.

Fue precisamente un periódico que editó Altamirano en el Instituto Científico y Literario de Toluca, el motivo de su expulsión de esta escuela, en la que se formó inicialmente bajo la conducción de Ignacio Ramírez, el "Nigromante", cuya amistad conservaría, cercana siempre, toda la vida. En Los Papachos, Altamirano y Juan A. Mateos criticaban acremente la substitución de los anteriores maestros –liberales puros– por un grupo de liberales moderados, que no resistieron los aguijones de tan precoces alumnos.

Fue además Altamirano redactor de muchas otras publicaciones: *El Artista*, *El Domingo*, *El Libre Pensamiento*, *El Semanario Ilustrado*, *El Monitor Republicano*, *El Siglo XIX*, *El Nacional*, *La Iberia*, *La Libertad*, *El Liceo Mexicano*, *El Diario del Hogar*; en Tixtla escribió en *La Voz del Pueblo* y en *El Eco de la Reforma*; en San Francisco, California, en *El Nuevo Mundo*.

Tan prolífica actividad periodística abarcó todos los géneros. Altamirano lo mismo escribió crónicas teatrales que críticas de la obra plástica de sus contemporáneos. El ensayo político, el debate ideológico y los textos didácticos se mezclan en su hemerografía con la crítica literaria, los cuentos y poemas, los análisis históricos y las descripciones costumbristas.

Muchas de sus colaboraciones periodísticas están vinculadas a una de las grandes pasiones de su vida: la política, actividad que ejerció intensamente y con rígidos principios. Muy joven, en 1861, al finalizar la guerra de Reforma, fue diputado por Tixtla y no tuvo empacho

La Reforma

en plantear sus puntos de vista aunque fueran contrarios a la mayoría. Nuevamente fue electo al Congreso en 1863, como representante del distrito de San Luis Ayoú en su estado natal. Pese a haber tenido divergencias políticas con Benito Juárez, apoya totalmente al Presidente de la República en su lucha contra la invasión francesa y el espurio imperio de Maximiliano. Acude a San Luis Potosí como miembro de la diputación permanente, cuando Juárez establece allí los poderes federales, pero abandona semanas después la ciudad por no existir el quórum requerido para sesionar y se incorpora a las guerrillas que defienden el honor nacional por todo el país mientras Juárez marcha hacia el norte del territorio nacional.

Concluida la lucha contra los imperialistas y sus aliados extranjeros, Altamirano se opone a la reelección de Juárez y sostiene la candidatura de Porfirio Díaz, aduciendo la necesidad de renovar los mandos de la república. Fue tan notoria su posición, tan franca su actitud, tan honrado en sus exposiciones, que el propio Benito Juárez brindó por Altamirano en un banquete al que ambos asistieron, llamándolo "el jefe" de la oposición.

Por esta misma honestidad ideológica Altamirano fue tiempo después enemigo de la reelección de Díaz y hasta recibió 26 votos como candidato presidencial en 1884, cuando la elección se hacía en forma indirecta.

Unos años antes, en 1880, fue electo diputado por tercera ocasión, por un distrito de San Luis Potosí. Contestó en 1881 el informe del presidente Manuel González y destacan entre sus intervenciones su razonada negativa a reconocer en Iturbide al verdadero consumidor de la independencia, su apasionada defensa de los derechos individuales, su insistencia en que los indígenas reciban instrucción primaria y su rechazo a otorgar al ejecutivo facultades legislativas. Esto último muestra de su congruencia, porque años atrás esta misma postura fue uno de los elementos de sus distanciamientos con Juárez.

También fue miembro del Poder judicial. Fue asesor del juez de primera instancia de Tixtla y Procurador General de la Nación. Por voto popular indirecto fue electo Fiscal de la Suprema Corte de Justicia, puesto que desempeñó desde febrero de 1868. También fue en 1871 ministro en este alto cuerpo y ocupó con distinción la presidencia del máximo tribunal judicial del país, a partir de enero de 1877.

Como resultado de la feliz mezcla de sus afanes políticos y sus capacidades literarias, Altamirano fue un notable orador. Combativo siempre, sus mejores piezas oratorias juveniles se refieren a la pasión patriótica que sentía y que le llevó a impulsar las expresiones mexicanistas en las diversas manifestaciones literarias; ya en la madurez hace gala de conocimientos vastos, de reflexión profunda, sin que desaparezca su preocupación nacionalista.

De la importancia de esta faceta de las múltiples actividades que ejerció Altamirano nos da cabal cuenta la pluma certera de Agustín Yáñez, que al prologar la recopilación de las obras del guerrerense hecha en 1949, escribió:

Seguir el desarrollo cronológico de la oratoria de Ignacio Manuel Altamirano es tomar el más preciso derrotero que conduce al conocimiento de su personalidad. Porque ninguna de las múltiples formas de expresión que cultivó Altamirano salen con tan directa fuerza, movidas las pasiones por lo circunstancial, sin dar casi tiempo al revestimiento de lo espontáneo, como sus discursos: galería de retratos morales que carecen de retoque. Y biografía a lo profundo, pues revelan el proceso histórico de la capacidad personal, el encuentro del hombre con su época.

Yáñez mismo nos hace notar que la patria, la ciencia, la educación y los grandes hombres de nuestra historia son los temas constantes en la oratoria de Altamirano, quien puesto a pensar en la edición de sus Obras en 1870, lo primero que incluye son sus discursos y él mismo

La Reforma

Altamirano, Héroe de la Cultura Nacional | 707

calcula –lo dice en su Diario– que tiene material suficiente para tres volúmenes del tamaño de su novela *Clemencia*.

En los primeros años de sus intervenciones como orador abundan los discursos patrióticos. Altamirano aparece en las conmemoraciones del 16 de septiembre y del 5 de mayo y hace fervientes elogios ante las tumbas de los héroes liberales, como Ocampo y Zarco. Más avanzada su vida, endereza sus capacidades oratorias a educar e impulsar la educación como prioridad nacional, defendiendo el carácter laico, gratuito y obligatorio de la enseñanza primaria.

Este mismo patriotismo llevó a Altamirano a luchar con las armas, exponiendo su vida por defender sus ideales y la independencia nacional. A los 20 años se incorporó a la Revolución de Ayutla como secretario de Juan Álvarez. Años después, mientras era diputado, cuando el Gobierno Republicano debe abandonar San Luis Potosí en 1863, Altamirano regresa a su natal Guerrero, desde donde mantiene constante correspondencia con Juárez. Insiste, de acuerdo con él, en que se aumente la actividad guerrillera en el sur del país y ante la pasividad del gobernador Diego Álvarez y aprovechando el despacho de coronel que le otorgó el presidente Juárez, formó una compañía de caballería de 400 hombres y derrotó a los conservadores en la región de Iguala; participó en el sitio de Cuernavaca y la ocupación de Cuautla. Fue el primer jefe republicano en llegar a Tlalpan, en las goteras de las Ciudad de México, en los primeros días de 1867 cuando las tropas francesas todavía tenían presencia en la capital del país.

En marzo de ese año se incorporó al sitio de Querétaro en la división del general Vicente Riva Palacio, interviniendo en los combates del convento de la Cruz y del Cimatario. Tuvo una heroica participación en el combate para sostener La Garita en poder de los sitiadores. Después de combates con arma blanca, los días 11 y 27 de abril, Altamirano fue citado como héroe en la orden general del Ejército Republicano.

También desempeñó Altamirano la secretaría del general en jefe Mariano Escobedo y estuvo a punto de actuar como fiscal en el juicio de Maximiliano, pero prefirió marcharse con el ejército a reforzar el sitio que Porfirio Díaz había montado a la Ciudad de México. Simultáneamente a esta actividad militar, Altamirano fue responsabilizado de analizar y contestar la "nota Campbell", elaborada en Washington con la idea de garantizar la impunidad del emperador Maximiliano antes de su captura por el ejército de Escobedo. Altamirano preparó una enérgica respuesta, en la que reafirmaba la soberanía del gobierno de Juárez y reiteraba el principio de no-intervención de un gobierno en los asuntos internos de otro, aún cuando ésta se disfrazase de gestión amistosa.

Triunfante la República, Altamirano inició la etapa más activa de su vida cultural, convencido de la necesidad de establecer con claridad que México era una nación tan culta y avanzada como cualquiera del mundo. Contestaba así a los juicios negativos que sobre su patria habían emitido en Europa los jefes conservadores, a los comentarios negativos de viajeros y diplomáticos, que criticaban la inseguridad pública y la inestabilidad política. Finalmente trataba de probar que el fusilamiento de Maximiliano no fue un acto de barbarie, sino la aplicación de una ley, perfectamente conocida por todos desde mucho antes del sitio de Querétaro.

Aún hoy la acción educativa de Altamirano beneficia a los mexicanos. De todas sus empresas culturales ésta fue sin duda la de mayor impacto en el futuro del país. Por su propia vida Altamirano aprendió el enorme valor de la educación para el individuo y para la patria. Él pudo educarse gracias a la insistencia de José María Luis Mora, uno de los iniciadores del liberalismo mexicano, que gestionó el establecimiento del Instituto Científico y Literario de Toluca y la creación de un programa de becas para niños indígenas, que de otra forma no hubiesen podido acceder a las aulas.

Altamirano señaló con claridad los graves problemas que confrontaba la educación de su tiempo. Diseñó una propuesta integral, fundada en claras premisas ideológicas y políticas para de ahí derivar el contenido de los programas, la necesidad de reglamentar la educación popular, implantar sistemas rápidos de enseñanza, crear escuelas normales, asegurar la educación de los indígenas y las mujeres, establecer sistemas educativos para las especiales necesidades de obreros y campesinos y grupos de discapacitados.

En el ideario de Altamirano el Estado es responsable de impartir la educación, que debe ser laica, gratuita y obligatoria. Demandó el establecimiento de reglas para que los centros particulares de enseñanza se apegaran a las normas establecidas por el Estado y estuviesen sujetos a permanente vigilancia por éste. Para Altamirano la educación debía de ser nacionalista, lo cual exige el conocimiento de la historia patria, de la geografía y el civismo, por lo cual al elaborar el 1871 un proyecto de plan de estudios para la primera escuela normal que se iba a fundar, incluyó como asignatura la historia política de México, argumentando que el maestro que la conozca a fondo comprenderá el espíritu de las instituciones democráticas.

El plan de estudios de la escuela normal, se complementarían con: lectura, escritura, aritmética, gramática elemental ("sin embrollar al niño"), moral, la universal no fundada en ninguna religión; derecho constitucional y geografía elemental. Cuando en 1882 por fin se hace realidad la apertura de la escuela normal, el secretario de educación le pide a Altamirano que nuevamente prepare un plan de estudios. Él presenta su plan de 1871 adicionándole la enseñanza de idiomas, tales como inglés, francés y náhuatl; nociones de fisiología, higiene y medicina doméstica así como teneduría de libros, zoología, botánica, agricultura y mineralogía, argumentando que los maestros deberían prepararse para ayudar a los niños a que estuviesen listos para un trabajo productivo.

Altamirano actuó en todo el variado ámbito del quehacer educacional. Se preocupó por la educación indígena; la elaboración de libros de texto, promoviendo que éstos se pusieran gratuitamente a disposición de los usuarios; fue activo promotor de la educación femenina y del establecimiento de normas de construcción para los edificios escolares. Altamirano recogió, interpretó y expresó con claridad y firmeza las necesidades y sentimientos que en materia de educación tenían los grupos sociales mayoritarios, de ahí la vigencia en nuestros días de su pensamiento normalista y magisterial.

Siempre que hizo propuestas sobre educación Altamirano presentó un diagnóstico objetivo y realista, inscribió la faceta educativa en un proyecto de nación e incorporó en ellas los sistemas educativos, las tesis pedagógicas y las normas de formación de profesores más avanzadas del mundo. Sabía que la educación y el conocimiento eran indispensables para que el pueblo respaldase la lucha por la soberanía, la democracia y el progreso material del país.

En muchas etapas de su vida, Altamirano fue un catedrático distinguido. Enseñó idiomas para poder comer cuando salió del Instituto Científico y Literario de Toluca; fue catedrático de derecho administrativo en la Escuela de Comercio en 1853; profesó las materias de cronología, historia general e historia patria en la Escuela Nacional Preparatoria y a partir de 1878, fue profesor de historia de la filosofía en esa escuela. Fue profesor de historia militar en el Colegio Militar, catedrático de oratoria forense y elocuencia en la Escuela de Jurisprudencia y en la Normal, que tanto luchó por crear, impartió clases de lectura superior e historia.

En enero de 1870 Benito Juárez fue testigo de un discurso de Altamirano sobre la educación popular en el que afirmó "han acabado los trabajos de la guerra, faltan todavía los trabajos de la paz". En otra ocasión, el guerrerense sugirió: "quizás sería conveniente concentrar

La Reforma

en los gobiernos de los estados la facultad de organizar y administrar la educación primaria". Por su vasta e inteligente obra educativa Altamirano está presente siempre entre los maestros de México. Fue puente entre su maestro Ignacio Ramírez y su alumno Justo Sierra, que con él componen parte importante de la nómina breve de los grandes educadores mexicanos.

En su frenético actuar como promotor cultural y practicante de las artes literarias, Altamirano no omitió ninguna de las disciplinas. Escribió una sola obra de teatro, para difundir a nivel popular la actuación de Morelos. Es un trabajo de juventud, pergeñada al salir del Instituto Científico y Literario de Toluca. Fue crítico teatral, de música y de artes plásticas.

Una parte importante en sus escritos fueron las obras históricas. Destaca entre ellas el ensayo *Revista histórica y política*, (1821-1882), primera interpretación clasista de la historia de nuestro país, en la cual analiza las clases sociales aristocráticas de la colonia, los conflictos sociales de estos grupos con los núcleos populares que emprendieron la revolución de independencia y destaca que fue la aristocracia quien se benefició de la consumación de la independencia, lo que a su manera de ver explica las luchas civiles de los 50 primeros años de vida independiente. Otros textos históricos son: *Morelos en Zacatula*, *Morelos en el Veladero*, *Morelos en Tixtla*, *Los Mártires de Tacubaya*, *Los mártires de Uruapan*, *Cuauhtémoc*, *La heroica Zitácuaro*, *Biografía de don Miguel Hidalgo* y *27 de abril en Querétaro*, texto de gran valor documental por describir como participante la etapa final del sitio que significó la conclusión de la aventura de Maximiliano.

Como novelista Altamirano abre camino con las descripciones paisajistas y los héroes populares. Frente a la moda de la novela folletinesca –cuyos principales cultivadores fueron Inclán, Payno y Riva Palacio– Altamirano cultivó la sobriedad y el equilibrio, ligando siempre

a historia de su patria en la trama de la novela. No fue Altamirano un cultivador intenso del cuento y la novela, pero su producción en estas materias no es despreciable y en cambio significa la reafirmación nacionalista en este tipo de literatura. *Cuentos de Invierno, Julia, Navidad en las Montañas, Clemencia, El Zarco y Atenea* son las más significativas obras de Altamirano, de las cuales quedó incompleta la serie Los idilios y las elegías.

Escribió también textos costumbristas y asombra en sus artículos periodísticos la multiplicidad de sus intereses y también de sus conocimientos. No hubo tema nacional sobre el que no escribiera y estudiara y su principal mérito fue el haber inducido a decenas de jóvenes a seguir su senda mexicanista, creando así su mayor obra, que fue generar obras de otros.

Por la abundancia de su quehacer periodístico, la crónica es uno de los géneros que más practicó.

En poesía su obra se concentra en el volumen llamado Rimas. Dejó varios poemas inéditos, pero no fue constante en su trato con las musas. Lo que es evidente es que Altamirano fue romántico pero sobrio en el lenguaje poético. Algunos de sus poemas sirven para pintar cuadros de paisajes y costumbres de su tierra natal, destacando el poema Al Atoyac. Ensayó también la poesía erótica y la sensual. Finalmente también cultivó los poemas cívicos, de tono heroico.

Al consumarse la Independencia, México inició el calvario de las luchas fratricidas. Los privilegiados –burócratas, comerciantes, hacendados, obispos, mineros y jefes militares– se negaron a admitir la evolución de la sociedad; cerraron sus entendimientos a los cambios pues la revolución industrial originaba, cancelaron el aprender y se instalaron en la intransigencia. El pueblo, por el contrario, sintió que se abrían las oportunidades de todo tipo y muchos mexicanos pensaron que había llegado el momento de ejercer a plenitud sus capacidades y de tratar

de realizar sus anhelos sin parar mientes en sus orígenes raciales, antecedentes sociales o capacidades económicas.

El choque brutal entre ambas concepciones de la vida y el futuro generó cincuenta años de guerras civiles, exacerbadas por la corrupción y las ambiciones de los militares, que deseaban la Presidencia de la República tanto como el manejo de haberes y fondos para vestuario, equipo y alimentación de sus tropas. Los conservadores fueron aquellos que no admitían que el mundo cambiaba; son los que no quisieron adaptarse a una nueva sociedad, más abierta y dinámica; los que se opusieron a la libertad de cultos, descalificaron la conciencia individual para imponer su propia versión de la colectiva.

Contra ese mundo estático y hasta regresivo es que batalló sin pausa Ignacio Manuel Altamirano. Fue el mejor y más fecundo intelectual, liberal ortodoxo que evolucionó para defender a los obreros en las postrimerías del siglo XIX; fue soldado y maestro, periodista y autor, político y ciudadano pleno. Luchó por las libertades individuales, por el respeto a la ley, por la separación de los poderes públicos y por movilizar las conciencias, proclamando que un pueblo solamente puede ser libre si es educado.

Personalidad multifacética, fue un extraordinario ser humano. Hombre congruente en sus convicciones, luchó siempre contra la miseria de las mayorías, fomentó la unidad nacional y el orgullo de lo nuestro a través del conocimiento de la historia y la realidad del país. Su ejemplar nacionalismo no fue chauvinista, sino universalista. Proclamó la identidad de lo mexicano sin perder de vista la cultura universal; defendió la soberanía nacional en la lucha permanente por la democracia, demandando en las relaciones internacionales la no-intervención. Fue orador extraordinario, parlamentario destacado, soldado valeroso; educador, diplomático, promotor cultural, político ideológicamente comprometido, poeta, novelista, ensayista; cultivó la crónica y el cuento.

Sin mirar su bienestar personal o familiar dedicó tiempo, esfuerzos y recursos a la difusión de la cultura y a la educación popular. Murió pobre pero con el respeto de todos sus conciudadanos. Afirmaba: "Estoy pobre porque no he querido robar. Otros me ven desde lo alto de sus carruajes tirados por frisonas, pero me ven con vergüenza. Yo los veo desde lo alto de mi honradez y de mi legítimo orgullo".

Durante la vida de Altamirano México forjó su identidad como nación, en gran medida por el impacto de las múltiples actividades culturales y educativas que desarrolló el tixtleco, su personal empeño en la literatura y, sobre todo, su afán de unir a los mexicanos de las más diversas ideologías en torno a la meta principal que se planteó: la creación de una actividad intelectual mexicana, concedora de lo universal, profundamente enraizada en lo nuestro. Lo logró y por eso Altamirano es por antonomasia el héroe de la cultura nacional.